Globethics Repository



El mito de vivir en un mundo más violento [The myth of living in a violent world]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Vélez, Luis Fernando
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-26 09:49:04
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219137

El mito de vivir en un mundo más violento

Luis Fernando Vélez

En este artículo se plantea que debe revisarse la creencia según la cual esta época es particularmente violenta. En realidad, en especial en América Latina, siempre se ha convivido con la violencia, que por otra parte presenta una tendencia descendente. Sin embargo, son actualmente los Estados los principales promotores de los modelos violentos de relación. Y en cuanto a la violencia en los medios como entretenimiento, su importancia se relaciona con la economía de mercado y el orden político.

La violencia es hoy el problema social que más atención recibe por parte de académicos, políticos, planificadores y opinión pública en general. El aumento en las tasas durante los últimos años pone en jaque la estabilidad de los Estados y la posibilidad de que diferentes grupos humanos coexistan en una misma sociedad. A pesar de lo mucho que se ha estudiado la violencia, la situación asusta porque parece exceder nuestra capacidad para controlarla. En realidad sería más apropiado hablar de «violencias»: las múltiples formas de imponer o tratar de imponer los intereses de una persona o grupo de personas, sobre los de otros, recurriendo al uso de cualquier tipo de fuerza. Aquí hablaremos de «violencia» de manera amplia, sin que signifique mención exclusiva de alguna de sus expresiones.

La comunicación es el intercambio de signos y símbolos mediante el cual los seres humanos buscamos comprender las ideas de los otros y explicar las propias. Siempre implica una transacción. No se concibe aquí la comunicación como un acto unidireccional en el que un «emisor» entrega un «mensaje» a un «receptor», como en el modelo clásico de Shanon y Webber. Aunque con frecuencia se usen medios que no facilitan la retroalimentación, la comunicación es una práctica en la que las ideas van de un individuo a otro y siempre son procesadas, transformadas y retransmitidas con dichas transformaciones –recicladas, podría decirse con más precisión– llegando incluso de nuevo a la fuente inicial y a veces con un significado totalmente diferente.

Luis Fernando Vélez: profesor asociado en el Baylor College of Medicine, Houston, Texas.

Palabras clave: violencia, medios de comunicación, América Latina.

Se presentan en este artículo elementos para alimentar el debate sobre los vínculos entre violencia y comunicación, sobre todo con la intención de proponer una manera más sosegada de ver el fenómeno. Esta mirada al autor ha resultado útil para disminuir el malestar frente a la violencia que aparece en los medios masivos de comunicación. Si el presente trabajo no ofrece novedosos conceptos teóricos, en todo caso quizá brinde al lector algunas ideas para aliviar la frustración que tanto la violencia como los medios produce a quienes sufrimos de esa terrible neurosis mesiánica de transformar el mundo.

Violencia: evolución histórica

La violencia viene en aumento, dicen casi todos y lo sustentan con estadísticas sólidas. Colombia duplicó sus tasas de homicidio entre 1982 y 1991 y El Salvador lo hizo al terminar la guerra civil. Guayaquil tiene ahora tasas de homicidio que superan tres veces las de todo Ecuador, y así pueden mencionarse cómo las principales urbes latinoamericanas han aumentado sus tasas de crimen y violencia. En el último cuarto de siglo la violencia se convirtió en el principal problema de la región. Sin embargo vale la pena hacer una pregunta: ¿Es este el momento más violento de nuestra historia o es el momento más violento de la época en la cual hemos sido los protagonistas? La respuesta no es tan sencilla, primero porque no vivimos en otro tiempo sino en este, y segundo porque las estadísticas de los tiempos pasados son bastante precarias. Para empezar a darle una salida al dilema, propongo que aceptemos que la segunda premisa es verdadera –este es el momento más violento de *nuestra* época–, y que restrinjamos de manera un poco arbitraria «nuestra época» a los últimos 100 años. «Cuando estábamos chicos no mataban tanta gente» cuentan las historias. Los datos, sin embargo, solo sustentan parcialmente esa percepción. En América Latina las estadísticas de homicidios y de crimen en general solo empezaron a mejorar en los últimos 25 años. Todavía en la década del 90 muchos países no conocían siquiera su distribución poblacional. En casi todos, los homicidios y demás hechos violentos aún hoy son registrados por diferentes entidades, cada una con sistemas distintos de recolección de datos y jurisdicciones en las que no se corresponden unas a otras. Pero al menos es cierto que se contabilizan más muertes que antes. Así que en el mejor de los casos podemos afirmar que es un momento especialmente violento, pero no tenemos información confiable para afirmar que es el más violento del último siglo.

En Colombia, en particular, la evolución de la violencia resulta interesante. Con base en deficientes registros de homicidios y en aceptables datos censales, el país aumentó dramáticamente las tasas entre 1982 y 1990. Sin embargo, en Cali, desde que se optimizaron los datos poblacionales y las estadísticas de crimen, se ha notado un curso oscilante de la violencia, con picos en algunos años. En Bogotá, la tendencia parece ser descendente al igual que en Medellín, y aunque muchas ciudades pequeñas e intermedias han aumentado sus cifras, y pese al recrudecimiento de la guerra, el país entero parece haber estabilizado las tasas. Para los colombianos el actual es el peor mo-

mento de la guerra que han vivido en los últimos 40 años, pero curiosamente los finales de la década de los 80 fueron más violentos que todos los 90. La percepción de la ciudadanía, sin embargo, es que este es el momento de mayor violencia en la historia del país. Es decir, en Colombia la premisa de que este es «el momento más violento de nuestra época» está solo parcialmente respaldada por las cifras de homicidios. Repasando los relatos referidos a momentos históricos, como La Violencia de los años 50, la persecución a los sindicalistas en los 30, la guerra de los Mil Días a principios del siglo XX, etc., es difícil creer que esos tiempos no fueron por lo menos tan violentos como el actual. Nos podemos remontar a momentos similares en otros países: la Revolución Mexicana, el más de medio siglo de dictadura de los Somoza en Nicaragua, Trujillo en la República Dominicana, Batista en Cuba, etc. La historia del siglo sugiere que hubo en América Latina periodos de mucha violencia.

Sin embargo, podríamos insistir en que sí parece ser uno de los momentos más violentos de «nuestra» época. Por lo menos así se siente. A favor podemos argumentar que el desarrollo de la industria militar ha producido cada vez armas más precisas y letales. Los combates con rifles de escasa precisión y potencia exigían combatir casi cuerpo a cuerpo en las guerras de principios del siglo. En los asaltos se usaban armas corto-punzantes y en los linchamientos piedras y palos. Hoy las armas son precisas y la munición altamente destructiva, y esto debe causar más homicidios que antes.

Vale la pena preguntarnos qué sucedía antes con los heridos en los atracos callejeros o las riñas de cantina. A principios de siglo la mayoría moría si tenía heridas graves, no tanto por la letalidad de las armas como por la inexistencia de medios de traslado, técnicas apropiadas de cirugía y antibióticos. Después de la penicilina y la modernización de la medicina, la mortalidad disminuyó, pero en América Latina estos avances solo estuvieron disponibles para el ciudadano común de las grandes urbes a partir de los años 50. Como aún en ese entonces la población era predominantemente rural, la letalidad de la violencia siguió siendo tan alta como a principios del siglo, tal vez hasta mediados de los 70, no porque mejoraran las condiciones de salud en el campo, sino porque los campesinos migraron a las ciudades.

De todas maneras, las riñas, los atracos, la violencia intrafamiliar y las guerras estaban desde antes. Las armas eran tal vez menos precisas, pero la probabilidad de sobrevivir a una lesión seria eran pocas. El balance podría estar a favor de la época actual, con más mortalidad debida a la violencia, pero no existen estudios en América Latina que comparen lo ganado en la calidad de la atención médica versus lo perdido frente a la letalidad de las actuales armas. En países como Estados Unidos, varios estudios han demostrado que con una atención rápida y eficiente es cada vez más factible que las víctimas de violencia sobrevivan (National Research Council 1993).

Nuestra premisa vuelve a confundirse y lo hace aún más cuando tenemos en cuenta otros tipos de violencia, como la que se produce en el interior de las

familias. De nuevo, no existen estudios que permitan comparar la situación actual con la de antes, pero varios investigadores en países desarrollados han mostrado una dramática reducción en la violencia intra-familiar, y América Latina parece seguir la misma tendencia (National Research Council 1998). Algunos hechos históricos ayudan a sustentar esa sospecha. Por ejemplo, hasta bien entrado el siglo XX, en la mayoría de nuestros países existían leyes que permitían a un esposo castigar a su mujer de la manera que él decidiera cuando era encontrada en adulterio, incluyendo la violencia física y la prisión. Asimismo, la ley excusaba a un hombre que mataba a su esposa adúltera. La violencia de la situación no está solo en el castigo, sino también en la desigualdad de derechos, toda vez que la ley no preveía ninguna sanción para el hombre infiel y mucho menos que ésta fuera impuesta por la esposa. Por otro lado, los padres tenían el «derecho» de castigar a sus hijos como les pareciera. Esto incluía cualquier uso de la fuerza y las mismas personas que relatan como antes «no era tan peligroso», dan cuenta de las atrocidades que los padres cometían con los hijos. Aunque aún falta mucho por avanzar en este asunto, en todos los países de la región existen hoy en día leyes que establecen algún tipo de protección para los niños. El uso de la violencia pasó, de un derecho paterno, a ser una infracción sancionada por la ley. Lo mismo puede decirse de la abolición de los sistemas esclavistas de sometimiento indígena, en especial en Perú y Bolivia, la igualdad de los derechos a personas de todas las razas, el derecho al voto de las mujeres, los negros e indígenas, entre otros. En resumen, es posible sostener que este es un momento con más homicidios que antes, pero es difícil sustentar que es «el periodo más violento de nuestra época».

Tratemos ahora de resolver la primera premisa: «este es el momento más violento de nuestra historia». El problema de la calidad de los datos es el mismo en este caso, pero el repaso de la historia nos resulta de ayuda. Pensemos por un momento en el tiempo de los mayas, aztecas, caribes e incas, entre otros. Por desgracia la historia y el orgullo de las naciones han sacralizado a los nativos precolombinos con el mito del «buen salvaje». «Eramos pueblos tranquilos y en paz con la naturaleza hasta que llegaron los españoles». Hermosa historia de dudosa veracidad. Fuimos tan violentos como los invasores y en algunos casos más, sin que esto excuse la crueldad de estos últimos en la Conquista y la Colonia. Antes de Colón éramos muy probablemente más violentos que hoy en día. El conocimiento estaba restringido a una nobleza minúscula y se usaba para oprimir al resto. Los pleitos de honor se resolvían con la muerte de alguno de los involucrados –y casi todo podía convertirse en un pleito. Las diferencias territoriales se zanjaban por la fuerza en la mayoría de las sociedades precolombinas y en general en todas las sociedades primitivas. Frecuentemente las disputas entre tribus terminaban con la eliminación completa del enemigo.

Excavaciones arqueológicas realizadas en Bélgica y en Africa, indican que la mayoría de las personas, incluyendo mujeres y niños, morían por causas violentas. Se han calculado tasas de homicidio de entre 80% y 90% en grupos



© 2000 Javier Ferrini/Nueva Sociedad

humanos de hace 6.000 años (Keeley). Aunque tal vez hubo algunas sociedades muy pacíficas, las tasas de homicidio eran dramáticamente más altas que en la actualidad. Es decir, tenemos muy pocos argumentos para aceptar la premisa de que «estamos viviendo la época más violenta de la historia». Al parecer las tasas de homicidios siguen un patrón cíclico, con tiempos altos y bajos, pero la tendencia general es descendente. Esto es evidente si se piensa en la progresión de la violencia no solo en los últimos años, sino a lo largo de

la evolución humana. Lo que sucede es que cada ciclo puede tomar varias décadas; quizás tantas como para que una persona no alcance a experimentar el siguiente o para los habitantes de este cambio de siglo sientan como si este fuera el periodo más violento de la historia. ¿Por qué entonces «sentimos» que existe tanta violencia hoy en día? ¿Cómo pudieron las personas en tiempos pasados, probablemente más violentos según lo que aquí se ha dicho, soportar la angustia de vivir en semejante zozobra? Por ahora se me ocurre una respuesta muy simple: no sabían que eran tan violentos.

Medios, cultura y violencia

La violencia que aparece en los medios de comunicación masiva transmite modelos culturales de resolución de conflictos. Los medios nos acercan unos a otros, pero los contenidos tienen una persona detrás, ya sea un paisano o un forastero; alguien hizo o inventó lo que aparece allí, alguien lo volvió un producto y alguien lo comercializó. ¿Por qué entonces es tan común la violencia en los medios de comunicación? ¿Será que en nuestras sociedades la violencia es tan frecuente como aparece en los medios? No, eso sencillamente no es posible. Cuando aparece un conflicto terminado en homicidio, han dejado de presentarse millones de conflictos resueltos sin la violencia. En el Ecuador en 1997, aproximadamente uno de cada 10.000 habitantes murió asesinado. Esto no implica que 9.999 de cada 10.000 no tuviera conflictos ese año, sino que los resolvieron sin perecer en el intento.

Aun no siendo la violencia la forma más común de resolver conflictos cotidianos en ninguna sociedad, suele aparecer sobre representada en los medios por varias razones. La primera: «A la gente le gusta ver violencia ... se vende», dicen los dueños de tabloides sensacionalistas. Y están en lo cierto. No se trata de una perversión morbosa. A todos nos interesa conocer hechos violentos de la sociedad, porque como animales gregarios queremos saber cuándo, cómo y dónde están sufriendo nuestros semejantes. Esto nos permite idear esquemas mentales para evitar un sufrimiento similar o responder de una manera apropiada en caso de riesgo. Como es obvio, quienes se sienten más vulnerables, tienen mayor necesidad de estar preparados. Por eso los principales consumidores de estos productos son los hombres en general y en especial los jóvenes y los más pobres, acertadamente sintiéndose con mayor riesgo de ser víctimas de violencia. En cuanto a los productores, la violencia resulta más barata. En general es más fácil para un reportero cubrir un hecho violento, no necesita ser especialmente creativo, consultar muchas fuentes, ni esforzarse por darle credibilidad a su noticia. Para el cine y los programas de entretenimiento en la televisión también es más barato producir violencia. No se pagan grandes actores; hasta el más mediocre dispara un misil frente a una cámara. Tampoco se requieren libretistas excelsos ni genios de la dirección; cualquiera escribe o ejecuta un guión basado en puños y disparos. Como si fuera poco, algunas escenas como la voladura de carros o la explosión de edificios se hacen por lo general en modelos a escala o mediante efectos digitales y son recicladas de una película a otra. Por último, las cintas de

«acción» son mucho más fáciles de traducir y eso asegura un mercado internacional. El drama o el humor son muy particulares en cada cultura y traducirlos es costoso. En la televisión norteamericana tenemos muchos más dibujos animados violentos no porque en Japón se produzcan solo de este tipo, sino porque la violencia traduce igual en cualquier idioma. Al ampliar el mercado se aumentan las ganancias de los productores y los dueños de los medios en los países pobres compran más barato.

Muchas de nuestras producciones son costumbristas y resaltan por lo general valores de convivencia y relación armónica, como esos maravillosos antihéroes que son «El Chapulín Colorado» o «Cantinflas», en quienes la sencillez, la humildad, la honestidad y la solidaridad se recrean en el absurdo cotidiano. Desafortunadamente, para los empresarios latinoamericanos de pequeños y grandes medios y canales es cada vez más difícil mantenerse por las presiones del mercado. Los medios de comunicación están en poder de grandes monopolios y a ellos les resulta más rentable importar producciones mediocres que presentan violencia de acuerdo con los patrones culturales de su región de origen. Los medios reflejan y transmiten valores correspondientes a los intereses de quienes los producen. La violencia en los medios no es en realidad el problema sino la consecuencia de restringir el derecho de todos de comunicar sus experiencias e ideas. Por esto, siendo la violencia una realidad, no es criticable presentarla, sino dedicarle un tiempo no correspondiente a la realidad en la cual priman expresiones creativas y lúdicas y la resolución pacífica de conflictos.

Finalmente, es necesario reconocer la función de los Estados en la construcción de patrones culturales violentos. Las sociedades integran Estados y éstos reflejan la cultura propia de su sociedad, pero a su vez transforman patrones culturales con el fin de mantener su integridad. Las acciones estatales con frecuencia introducen en la cultura sólidos patrones violentos de relación. Ellos son los principales difusores de la violencia cuando invitan y preparan a los jóvenes para la guerra, compran armas a pesar de las necesidades de la población, asaltan el tesoro público desconociendo los intereses comunes a favor de unos pocos, aceptan la brutalidad de las fuerzas armadas y otras violaciones de los derechos humanos y promueven grupos de justicia privada o de exterminio.

En resumen, el problema radica en los monopolios que quieren el máximo de ganancias con la mínima inversión, la carencia de incentivos para la producción local y nacional, la falta de acceso democrático a dichos medios, la existencia de patrones culturales que favorecen la violencia y la promoción que de éstos hacen los mismos Estados.

Efectos de la violencia en los medios

Sobre el efecto nocivo de la violencia en los medios se ha escrito mucho más de lo comprobado. Por desgracia, miles de publicaciones al respecto, la mayoría esencialmente anecdóticas y con muy pobre base empírica, han llevado a

la comunidad científica y al público en general a creer que el asunto ya no necesita más discusión ni más estudio. En realidad solo hay pocas conclusiones significativas al respecto. Según Gerbner, el número de horas dedicado por una persona a consumir medios masivos (específicamente televisión) está directamente relacionado con su percepción de un mundo más violento: se le denomina «síndrome del mundo hostil». A más horas de televisión, menos interacción con la comunidad, más temor de salir a la calle y mayor uso de medidas de seguridad. Esto sin duda es disfuncional y entorpece el desarrollo del individuo y de su comunidad, lo cual podría relacionarse con la violencia social, sin llegar a ser prueba incontestable de que la violencia en los medios genera violencia en la comunidad. Podría argumentarse que cuando una persona siente su entorno como hostil, tiende a responder con violencia ante los conflictos, pero hay una serie de variables sociales, estructurales, instrumentales y de personalidad mediando en este efecto.

Dos investigadores norteamericanos (Singer) comprobaron el síndrome del mundo hostil en niños; en estos casos es mayor la interferencia en el desarrollo y se agravan los efectos de las agresiones que muchos sufren diariamente en su propio hogar y en la escuela. Sin embargo, en aquellos niños que crecen en un hogar armónico y no son víctimas de castigo corporal, el efecto del síndrome parece no ser significativo. La investigación también demostró que, cuando los niños observan los medios en presencia de un adulto que emite juicios críticos sobre los actores violentos, al comprender la naturaleza ficcional de éstos y establecer un principio de rechazo a la programación violenta, no aparece el problema. Los Singer también han estudiado otro efecto de los medios en el comportamiento de los niños: ver televisión los vuelve hiperactivos, al disminuir el tiempo que dedican a actividades lúdicas y creativas. Los niños hiperactivos tienden a ser explosivos y presentan dificultades para mantener la atención. Esto los hace malos estudiantes y a su vez víctimas frecuentes de maltrato por parte de padres y maestros que no toleran su comportamiento. Si los niños son violentados, tienen mayor probabilidad de usar la violencia cuando adultos.

Aunque la hiperactividad está relacionada con el consumo de televisión, no depende del tipo de programación sino del tiempo dedicado a verla. Es necesario además tener en cuenta que un niño que dedica mucho tiempo a ver televisión no tiene padres que jueguen, lean o le cuenten historias. El problema es entonces la falta de atención, a veces por negligencia de los adultos, pero generalmente debida a que el sistema obliga a trabajar tiempos extras, sin que se ofrezca atención adecuada para los niños.

El tercer efecto es mucho más controvertible, aunque es el fundamento de muchos detractores de los medios y sus muchas publicaciones. En general han sido muy pocos los experimentos realizados, la mayoría con serios problemas de diseño, todos ellos en laboratorio y nunca han sido reproducidos en un contexto social cotidiano. Entre las pocas cosas sólidamente sustentables están que los medios hacen ver los hechos violentos como socialmente

deseables, banalizan la violencia al hacerla parecer inocua y desensibilizan a los públicos al volverla repetitiva, lo que podría motivarlos a repetirlas en la situación apropiada y con incentivos adecuados. Existen serias dudas sobre la capacidad de los medios para enseñar a los niños comportamientos violentos que ellos no hayan ya observado en su familia o su comunidad (Vélez). La mayoría de los actos violentos mostrados en televisión son sofisticaciones de acciones mucho más cotidianas.

Conclusiones

Tal vez la angustia que tenemos por el «aumento de la violencia», por esa violencia que se nos metió en la casa, en la vía, en la fábrica, sea consecuencia de la rápida evolución que ha tenido la tecnología de las comunicaciones y de la lentitud con que las culturas se adaptan a los nuevos patrones y procesos. La velocidad del desarrollo tecnológico excede la velocidad de adaptación cultural y tenemos ante nosotros un mundo globalizado y sociedades donde los hechos son cada vez más públicos.

Tenemos por delante varios retos: aceptar los cambios que la mas-mediación nos trae, que son irreversibles por demás, prepararnos para enfrentar dichos medios de manera crítica y reconocer que ahora sabemos con rapidez de lo bueno y de lo malo que sucede a nuestro alrededor... Un alrededor que es cada vez más amplio que aquel al que estábamos acostumbrados. Ahora sabemos mejor qué hacemos los humanos, que en su esencia no es muy diferente de lo que siempre hemos hecho, solo que ahora lo tenemos presente todos los días y en casi todas partes. No nos podemos entonces asustar por reconocernos como en realidad somos. Tecnificar la transmisión de información hasta el estado actual y dejarnos abrumar por eso es «matar al tigre y asustarnos con el cuero». Necesitamos sin embargo actuar con firmeza para exigir a los gobiernos y a los medios asumir éticamente su responsabilidad en la transformación de la cultura, para que nos reconozcamos no solo capaces de ejercer violencia, sino mucho más capaces de resolver los conflictos sin recurrir a ella.

Referencias

Gerbner, G., M. Morgan y N. Signorelli: «Television Violence Profile #16: The Turning Point from Research to Action», Annemberg School of Communication, Universidad de Pennsilvania, 1994, mimeo.

Keeley, L.: *War Before Civilization*, Oxford University Press, Nueva York, 1996.

National Research Council: *Understanding and Preventing Violence*, National Academy Press, Washington, 1993.

National Research Council: *Violence in Families: Assessing Prevention and Treatment Programs*, National Academy Press, Washington, 1998.

Singer, J.L. y D.G. Jerome: «Family Experiences and Television Viewing as Predictors of Children's Imagination, Restlessness and Aggression» en *Journal of Social Issues* 42, 1986, pp. 107-124.

Vélez, L.F.: «Violencia y medios de comunicación» en *Chasqui* Nº 64, Quito, 1998, pp. 73-77.